

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 3 de Junio de 1882.

LA DECADENCIA DE ESPAÑA DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII.

XXIX.

No sólo sobresa la España entre las demás naciones, en la época que historiamos, por la fuerza de sus armas, por sus riquezas, por su agricultura, industria y comercio, si que también en las artes y en la literatura.

Oigamos sobre lo que esto dice el mismo autor francés, ya citado, en nuestro anterior artículo.

«Cerca de un siglo hacia que el comercio y la guerra habían establecido sus relaciones entre la Italia y la España. Al mismo tiempo que Carlos I prometía definitivamente el reino de Nápoles y el Milanesado á la Corona de Castilla, las artes italianas llegaban á su más alto grado de esplendor. Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Rafael, Ticiano y Corregio, gloria son de aquella época, dejando á nuestra admiración sus inimitables obras. Por otra parte, la conquista de Granada, el descubrimiento de la América y las empresas de Carlos I habían dado inmenso vuelo á la nación. Numerosa fué la muchedumbre de aficionados á las nobles artes que pasaron de España á Italia á estudiar en los Museos, en los palacios de los Príncipes y en los talleres de los artistas, donde trajeron después á su patria el conocimiento y el gusto de lo más selecto de las artes. Por entonces vinieron también á España los maestros de ellas Rubens, el Ticiano, Felipe de Borgoña, Torrigiani y Pedro Campaña, atraídos ya por la régia munificencia, ya por la liberalidad, de los grandes y obispos.

«Muy pronto se formaron escuelas, al principio imitativas del arte italiano, pero á fuerza de estudio lograron dar á sus obras cierto sello de originalidad, un nuevo carácter que distaba mucho del que les había servido en sus primeros pasos; de aquí nació la pintura española. Valencia, Toledo, Sevilla y Madrid tuvieron sus escuelas, si bien las dos primeras se refundieron en las otras. La de Valencia, creada por Juan de Juanes, é ilustrada por los Riberas, los Ribaltos y los Espinosa pasó á ser una, junto con las pequeñas de Córdoba y de Granada, con la muy famosa de Sevilla. La de Toledo, fundada por el Greco produjo á Luis Tristan, y se perdió en seguida con las pequeñas de Zaragoza y Valladolid en la grande de Madrid, cuando esta villa se convirtió en capital de la monarquía por la voluntad de Felipe II.

«La escultura y la agricultura llegaron á un alto grado de perfección en Juan de Badojoz, Miguel Ancha y sus sucesores. En esta reacción de las artes inmortalizan sus nombres Ventura Rodriguez, Juan Bautista de Toledo y el divino Herro, el primero en el altar mayor de la Catedral de Cuenca, y el de San Julian (el trasparente,) y los otros en el nunca bien ponderado, Monasterio de San Lorenzo del Escorial.

«El tiempo de la bella música española, es el mismo que el de la buena pintura, y de la buena arquitectura; muchos fueron entonces los compositores de primer orden, principalmente en el género religioso; y los archivos de los Cabildos de Toledo, Valencia, Sevilla, Burgos y Santiago encierran tesoros abundantisimos de ello. Algunos de aquellos compositores llevaron sus lecciones hasta la misma Italia; tales fueron Perez, de quien todavía se cantan magníficos fragmentos en la capilla Sixtina; Monteverde, que fué uno de los creadores de la ópera italiana, y Salinas, ciego como Bethoven, acaso el más célebre organista que haya existido jamás.

«En literatura, el mismo progreso y el mismo esplendor. El drama llegó á un grado de perfección á que no se había elevado en ningun otro país de Europa; sus progresos los debe España á la influencia italiana. Los oficiales españoles, que durante su permanencia en Italia habían asistido á las representaciones teatrales de Bolonia, de Florencia, y de la corte de Ferrara, trajeron á su patria la afición al teatro, y contribuyeron en gran manera á introducir el gusto á este género.

«Entonces fué cuando tradujo Perez de Oliva el *Electro* de Sófoles y la *Itécuba* de Eurípides; entonces también cuando Pedro Simón de Abril tradujo á Terencio, y Platón fué por primera vez reproducido en Castellano. Tales fueron los principios del arte Teatral en España, y en el reinado de Felipe II tomó la literatura dramática un vuelo más libre y atrevido; y agena ya de la imitación de los antiguos, produjo tres grandes hombres, cuya sucesión y talentos diferentes recuerdan á Eschylos, Sófoles y Eurípides. Mientras los ejércitos de Felipe II llevaban hasta las regiones más remotas la gloria del nombre español, Cervantes que había vuelto mutilado de la gloriosa jornada de Lepanto hizo aparecer su *Numancia*, que puede colocarse dignamente al lado de los *Perzas* de Eschylos, por que se halla el mismo entusiasmo, vigor y patriotismo que en el soldado de Salamina. Al mismo tiempo que Cervantes escribía su inmortal sátira, Lope de Vega, el soldado de fortuna, escapado del naufragio de la flota invencible,

admiraba al mundo con su fecunda imaginación. En fin apareció Calderon de la Barca, el representante más esclarecido del arte teatral en España, poeta lleno de originalidad, profundidad y de número.

«La epopeya, la poesía lirica y la historia, hallaron también sus géneos en esta época de renacimiento. Ercilla, que había atravesado el Atlántico y el estrecho de Magallanes en pos de la gloria de las armas, escribió en medio de los combates sus admirables poemas que Voltaire coloca entre las obras maestras de Homero, de Virgilio, de Camoens y de Milton. Garcitaso de la Vega mereció á la Europa el renombre de Petrarca español, y Montemayor, Ponce de Leon y Quevedo están juzgados por algunos como dignos émulos de Voltaire. En historia la *Guerra de Granada* de Mendoza recuerda las obras de Salustio y de Tácito, que fueron los modelos de este escritor; y Mariana se coloca al lado de Tito-Livio á quien sus contemporáneos gustaban compararle, por lo lleno de su narración, y por su dición fácil, clara y elegante.»

«La literatura española, se hizo como de moda tomándose por modelo de buen gusto en todas partes. Lope de Vega inundó con sus dos mil doscientos dramas todos los teatros, así de España como de Nápoles, Milan, Bruselas, Viena y Munich traduciéndose muchos de ellos á todas las lenguas de Europa. La Francia fué por su vecindad á nosotros, la que más debió á la influencia de la literatura española, y hasta el habla castellana se hizo de buen tono en la alta sociedad; además se adoptaron muchas de nuestras costumbres, y se siguieron nuestros usos.

«Una palabra ambigua, una mirada dudosa, un ademán equívoco; menos que esto: el olvido de media reverencia, bastaba para poner á un hombre galante en la necesidad de hacerse degollar por el primer espadachin que encontraba. Aquí en todos los lances se empleaba el puñal, la daga y la espada; en Francia, es verdad que solo la espada era la encargada de enderezar los entuertos, pero no es ménos cierto que algunos hidalgos, á ejemplo de los españoles besaban las suyas todas las mañanas recomendándoles que sostuvieran bien su honor.

«En este lujo de imitación entraron también las modas, y hasta sus extravagancias. Paris llegó en esto á asemejarse tanto á Madrid, que á cualquiera parte que se volviera la vista en los paseos no se veían más que franceses españolizados. No había un presumidillo que no llevase la barba puntiaguda, el sombrero de pelo largo sobre la oreja, la ropilla y los calzones á medio abotonar y la valona en confusión; ni un *jaqueton*

que dejara de abrirse de piernas, jurar á todos los santos y retorcerse el bigote mirando de reojo á los que pasaban, imitación que siguieron también aquellos rudos flamencos, que por burla eran llamados *gentes de más allá del agua*. Lo mismo sucedía en Palermo, Nápoles y Milan, en Viena y en Munich; por todas partes se veían los sombreros de anchas alas, abotonados por las puntas, las medias, el jubón, la capa, las botas cortas, los bigotes, la pera, y todo aquello, en fin, que en el día sale en los teatros en las comedias de capa y espada.

«Ultimamente, tal era la fuerza de atracción que ejercía España sobre las demás naciones que por mucho tiempo hubo costumbre en Francia, en Italia, en Inglaterra, y en una parte de Alemania, de enviar á Madrid los jóvenes más distinguidos por su fortuna ó por su nacimiento para que se formasen, segun las maneras y la urbanidad castellanas. Los palacios de los embajadores de España en el extranjero eran la reunión de la sociedad más elegante; y la diplomacia española poseía en todas partes la elegancia y la superioridad moral que no adquirió la Francia hasta el reinado de Luis XIV.»

A tal altura se encontraba nuestra España, cuando Felipe II recibió del monarca más poderoso del mundo la porción más vasta de sus Estados.

MANUEL GONZALEZ.

LOS DEPOSITOS DE STUTTGART.

Se citan aún como prodigios las obras de los romanos, pero en nuestros días, sin hablar de los istmos, se ejecutan algunas más maravillosas.

En Stuttgart acaba de terminarse una de esas gigantescas empresas.

Las colinas y los paseos poblados de árboles, y abundantes en estanques y manantiales, forman alrededor de la capital de la Suabia una encantadora guinalda.

Uno de los paseos más hermosos de las cercanías de Stuttgart es el Kanonenweg, que conduce al Schutzenhaus y el Berg.

En la cúspide de éste se elevan los nuevos depósitos de agua para servir la ciudad, subiéndolas del Neckar unas poderosas máquinas que las empujan después por las cañerías hasta el centro mismo de la población.

Los depósitos del Berg tienen, el aspecto de una fortaleza silenciosa y solitaria, no hay ni guardia ni vigilante, y no se ven más que alambres que trabajan sin el concurso de persona alguna, registrando los volúmenes de agua y trasmitiendo sin ruido su informe á las oficinas del municipio así como el personal de la explotación.